

Fecha 12.05.2009	Sección Primera: Nacional	Página 21
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

[:] **AXEL DIDRIKSSON**

La respuesta de la población de la Ciudad de México ante la propagación del virus de influenza A H1N1 ha sido, de nuevo, ejemplar.

AXEL DIDRIKSSON

Aprender sobre las epidemias

Durante la Primera Guerra Mundial, la gripe porcina mató a 21 millones de personas en cuatro meses, más de los que murieron en el conflicto.

La respuesta de la población de la Ciudad de México ante la propagación del virus de influenza A H1N1 ha sido, de nuevo, ejemplar. Con todo y el peso de las medidas que se adoptaron y con lo que se tuvo que hacer para mantener semiparalizada la economía, el sistema educativo y cultural del Distrito Federal, las acciones del gobierno fueron aceptadas por la población. Este es el reflejo del aprendizaje social que se viene acumulando en el imaginario colectivo, desde los siglos y otras eventualidades vividas.

También deberíamos reflexionar, de ahora en adelante, sobre cómo aparecen y se reproducen estos virus, porque ello permitiría promover un aprendizaje comparado sobre su impacto simultáneo en distintos países y en determinados grupos demográficos. En su libro de divulgación científica, Bill Bryson (*Una breve historia de casi todo*. RBA Libros, Barcelona, 2004) señala que los virus se apropian del material genético de una célula viva y se reproducen de tal manera que pueden hacer un inmenso daño. Surgen de manera súbita y pueden desaparecer de la misma forma.

Durante la Primera Guerra Mundial, la gripe porcina mató a 21 millones de personas en cuatro meses, más de los que murieron durante las acciones de guerra. En Estados Unidos, la gripe porcina, nos dice el autor (asómbrese el lector con las similitudes), “surgió como una gripe normal, no mortal, en la primavera de 1918, pero lo cierto es que, en los meses siguientes —nadie sabe cómo ni dónde— mutó convirtiéndose en una cosa más seria”... “La epidemia se propagó rápidamente por todo el país, se cerraron escuelas, se cancelaron las diversiones públicas, la gente llevaba mascarillas en todas partes. No sirvió de mucho” (p. 379). Entre el oto-

ño de 1918 y la primavera del año siguiente murieron de gripe más de 584 mil personas. Nadie conoció el total mundial, pero se calcula que fue de alrededor de 20 millones.

Sin embargo, esta pandemia de gripe porcina aún no ha sido debidamente caracterizada. Sigue diciendo el autor citado: “Uno de los misterios es cómo surgió súbitamente, en todas partes, en lugares separados por océanos, cordilleras y otros obstáculos terrestres. Un virus no puede sobrevivir más de unas cuantas horas fuera de un cuerpo anfitrión, así que, ¿cómo pudo aparecer en Madrid, Bombay y Filadelfia en la misma semana?” (p. 380). El grupo de edad más afectado fue el de jóvenes de 25 a treinta y tantos años.

Otro virus más, el denominado H1N1, tuvo brotes en 1933, de nuevo apareció en los años cincuenta y luego en la década de los setenta. El autor citado concluyó (al cerrar la edición de su libro), respecto de este virus, en lo siguiente: “Nadie puede descartar la posibilidad de que la epidemia de la gripe porcina pueda volver a levantar cabeza”.

Efectivamente, apareció en nuestro país con una mutación distinta, la ahora denominada A H1N1, pero también en otros tantos países, porque la vida moderna propicia que los agentes infecciosos se encuentren en todos lados y puedan trasladarse con gran facilidad. Lo anterior es una buena lección para los países que ahora nos descalifican. Nadie les desea, creo, que de repente tengan por allí un brote de virus inespera-



Continúa en siguiente hoja

Fecha 12.05.2009	Sección Primera: Nacional	Página 21
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

do de características propias.
Todo esto debería ser motivo
de reflexión de alumnos y maestros en este regre-
so a clases. No puede ello dejarse de lado, porque
la emergencia que vivimos se reflejará aún de mu-
chas maneras insospechadas.

didrik@servidor.unam.mx

La vida moderna
propicia que los
agentes infecciosos
se encuentren
en todos lados
y se trasladen
con gran facilidad.